

“(Vene)Solanda”. Una etnografía a escala barrial de la población venezolana en Quito

“(Vene)Solanda”. Uma etnografia da população venezuelana em Quito em uma escala de bairro

Alfredo Santillán Cornejo¹
Pamela Ramón²

RESUMEN

La situación de movilidad humana de población venezolana se ha convertido en los últimos años en un tema de mucho interés para el Ecuador en particular, pues actualmente es el tercer país receptor de este flujo migratorio. Los estudios existentes muestran dificultades de integración serias especialmente en cuanto a la regularización de la condición migratoria, la precariedad en el acceso a empleo, y actualmente la intensificación de las vulnerabilidades de esta población ante la crisis sanitaria por la COVID-19. A partir de un trabajo etnográfico en el barrio de Solanda en Quito, analizamos la participación de la población venezolana en los espacios que estructuran la vida cotidiana. El principal hallazgo que ponemos en discusión es que frente a distintas situaciones de discriminación que restringen el acceso a los espacios de comercio y vivienda, aparecen acciones solidarias por parte de residentes locales que permiten sortear la xenofobia. Concluimos que, en este caso particular, la ambivalencia de aceptación-rechazo hacia la población venezolana, puede entenderse como un proceso de negociación de la presencia, en el que el reconocimiento mutuo, forjado en las rutinas cotidianas, constituye el soporte para recibir acciones solidarias por parte de la población ecuatoriana.

Palabras claves: Migración venezolana. Vida cotidiana. Etnografía. Barrio. Vínculos vecinales.

1 Dr. Profesor-Investigador FLACSO Ecuador. Email: asantillán@flacso.edu.ec

2 MSc. Investigadora independiente. Email: pbramones@gmail.com

RESUMO

A situação de mobilidade humana da população venezuelana se converteu, nos últimos anos, em um tema de muito interesse para o Equador em particular, pois, atualmente, é o terceiro país receptor desse fluxo migratório. Os estudos existentes mostram dificuldades de integração sérias, especialmente quanto à regularização da condição migratória, à precariedade no acesso ao emprego, e atualmente à intensificação das vulnerabilidades desta população frente à crise sanitária pelo COVID-19. A partir de um trabalho etnográfico no bairro de Solanda de Quito, analisamos a participação da população venezuelana nos espaços que estruturam o cotidiano. A principal constatação que discutimos é que, face às diferentes situações de discriminação que restringem o acesso a espaços comerciais e habitacionais, surgem ações de solidariedade por parte dos residentes locais que permitem ultrapassar a xenofobia. Concluimos que, neste caso específico, a ambivalência da aceitação-rejeição para com a população venezuelana pode ser entendida como um processo de negociação da presença, em que o reconhecimento mútuo, forjado nas rotinas diárias, constitui o apoio a ações de solidariedade da população equatoriana.

Palavras-chave: Migração venezuelana. Vida cotidiana. Etnografia. Bairro. Laços entre vizinhos.

INTRODUCCIÓN

La migración venezolana se ha convertido en la última década en el fenómeno migratorio más importante para Sudamérica. Para inicios del 2020 se estimaba que más de 4,3 millones de personas habían dejado Venezuela (ACNUR, 2019; Banco Mundial, 2020), actualmente la cifra es más incierta debido al incremento del subregistro en medio de la crisis sanitaria producida por la Covid-19, no obstante algunos cálculos estiman en más de 5 millones el número de migrantes venezolanos (Situación de Respuesta a los Venezolanos, 2021). Acerca de los lugares de destino los estudios disponibles coinciden en que el 80% de esta población se ha dirigido a países latinoamericanos. Destinos como Colombia, Brasil y Chile fueron inicialmente los principales países receptores de este flujo, y más recientemente Perú y Ecuador aparecen ocupando el segundo y tercer lugar respectivamente, luego de Colombia que se mantiene a la cabeza de los países de acogida (Mazza, 2020; Rivero, 2019).

En los últimos 5 años el Ecuador ha dejado de ser un país de tránsito para convertirse en un país claramente receptor. Según las cifras disponibles tenemos que casi 400.000 venezolanos decidieron establecerse en Ecuador entre 2015 y 2019 (Banco Mundial 2020, 15), y de este número se calcula que el 40%, 160.000 personas aproximadamente, han optado por radicarse en la ciudad de Quito.

Este cambio sustancial obliga a reenfocar el tratamiento de los desafíos que representa el éxodo venezolano para Ecuador, si bien la situación de derechos y la acción gubernamental han sido los pilares del análisis académico de la migración en general, y de la situación de venezolanos en particular, creemos necesario observar también las dinámicas de interacción con la población ecuatoriana. Aunque no haya estado en los planes originales radicarse en el país, la situación de permanencia se vuelve un hecho fáctico, más aún en una situación como la que ha impuesto la pandemia de la COVID 19 en la que la libre circulación es difícil y no hay un destino próximo que se pueda considerar seguro.

En el contexto ecuatoriano, si bien la migración tiene una agenda amplia de investigación, su estudio en localidades a escala barrial es escaso. Destaca la investigación de Garrido (2021) acerca de la localización de migrantes en Quito, en la que se demuestra la relación entre los perfiles socio-económicos y la regularización migratoria en el acceso al mercado de vivienda de alquiler, generando enclaves de población extranjera con características homogéneas. La población que proviene de países del Norte global se asienta en barrios muy diferentes a la población que viene de países del Sur global. La importancia de esta escala es que permite acercarse a la formación de tejido social en el territorio, observando las experiencias de interacción de las nuevas poblaciones extranjeras con las dinámicas instauradas por los antiguos residentes. Así, el barrio resulta un lugar de sociabilidad privilegiado para entender las tensiones y negociaciones que se generan en compartir el hábitat. En la región latinoamericana encontramos trabajos muy valiosos que revelan diversas facetas de la inserción de la población venezolana en el tejido urbano. Como muestra de la amplitud del espectro de situaciones que son posibles tomamos como ejemplos dos casos que resultan bastante extremos: el asentamiento de Ka Ubanoko en Boa Vista (Estado de Roraima, Brasil) y el barrio La Chimba en Santiago de Chile.

El estudio de de Araujo Castro (2021) acerca de población venezolana en la ocupación de Ka Ubanoko muestra la capacidad creadora que puede llegar a producir la alianza entre extranjeros y locales. Varias familias venezolanas han optado por dejar los albergues para migrantes, que en verdad se vuelven lugares de confinamiento, para unirse a un asentamiento informal del pueblo indígena Warao. Según la autora, esta ocupación es una suerte de territorialidad alternativa y en resistencia frente a las políticas estatales de administración de poblaciones. Lo relevante de este caso es cómo la integración de estas dos poblaciones es capaz de producir un territorio compartido sobre el cual constituir una vida en común. En contrastante un caso de marcada tensión entre extranjeros y nacionales es el de La Chimba. En la descripción que presenta Bonhomme (2021) aparece el racismo cultural como el lente que hace inteligible a la población migrante más reciente, sobre todo de nacionalidad venezolana, frente a la población local. Este racismo genera efectos discriminantes en lo económico y en lo simbólico. En el primero, dentro de la dinámica del subarriendo, se les exige valores más altos por el alquiler, aprovechando su imposibilidad de acceder al mercado

formal. En el segundo es común el uso de banderas nacionales que ponen los residentes chilenos en lugares visibles de las casas, como marca para expresar su inconformidad con la presencia de la población migrante.

Estos ejemplos evidencian la importancia de entender las formas de territorialidad que genera la movilidad humana. En este marco el objetivo de este artículo es posicionar la vida cotidiana como una arena sustancial en la que se producen las negociaciones sobre la co-residencia en los barrios multiculturales. A partir de un trabajo etnográfico en el barrio de Solanda en Quito, rebautizado popularmente como VeneSolanda por la alta presencia migrante, analizamos la participación de la población venezolana en los espacios que estructuran la vida cotidiana como son: el espacio público dedicado a la actividad comercial, la vivienda de alquiler, y los espacios destinados a la recreación. El principal hallazgo que ponemos en discusión es que frente a distintas situaciones de discriminación que restringen el acceso a los espacios de comercio y vivienda, aparecen acciones solidarias por parte de residentes locales que permiten sortear la xenofobia. Argumentamos que en este caso particular, la ambivalencia de aceptación-rechazo hacia la población venezolana, puede entenderse como un proceso de negociación de la presencia, en el que el reconocimiento mutuo, forjado en las rutinas cotidianas, constituye el soporte para recibir acciones solidarias por parte de la población ecuatoriana.

La exposición de este argumento empieza presentando un balance del conocimiento existente acerca de la población venezolana en situación de movilidad humana en el Ecuador y en Quito. A continuación se explicitan las categorías de movilidad humana, vida cotidiana y espacio barrial que guían la investigación de campo. Seguidamente presentamos una síntesis del papel de la migración en la formación y consolidación de Solanda, como información contextual que ayuda a entender la interacción de la población venezolana como nuevos residentes, frente al tejido social previo. Finalmente se exponen la información etnográfica centrada en los episodios de tensión en lo que se puede ver el repertorio de ayuda por parte de la población ecuatoriana, y se presenta una interpretación analítica de las motivaciones y condiciones de la solidaridad.

ECUADOR FRENTE AL ÉXODO VENEZOLANO

Si bien los procesos de movilidad humana no son nuevos en el continente sudamericano, una de las particularidades del éxodo venezolano es su intensidad en un lapso de tiempo bastante corto, incluso varias investigaciones, al ver este proceso en perspectiva histórica señalan que se trata del mayor flujo migratorio de personas en menor tiempo en la historia de América Latina (Acosta, Blouin y Feline, 2019; CARE Ecuador, 2018; Herrera y Cabezas, 2019; Koechlin y Eguren, 2018). Estas y otras investigaciones establecen algunos

momentos diferenciados. Una primera oleada corresponde a los años 2014-2015, en el cual el perfil de migrantes respondió a clases medias y medias altas, una segunda oleada entre el 2017 y 2018 en la cual al perfil anterior se suman clases medias y bajas, y a partir del 2019 un proceso migratorio bastante precario en condiciones de alta vulnerabilidad (Oficina de la OIT para los Países Andinos, 2021). Esta última oleada está relacionada con el empobrecimiento radical de las condiciones de vida en Venezuela lo que se reflejó en la imagen dramática del fenómeno: personas haciendo la travesía de varios países a pie, cruzando por pasos fronterizos irregulares, y dependiendo de la asistencia humanitaria para el abastecimiento mínimo.

Si ya esta imagen activó las alarmas de una situación humanitaria crítica a escala regional, el transcurso de la pandemia ha vuelto más difíciles aún las condiciones de subsistencia de la población venezolana en el continente. Aunque es claro que la pérdida de empleos es uno de los principales problemas que deja la crisis sanitaria a nivel mundial, su impacto resulta mayor en poblaciones en situación de movilidad humana, mostrando abiertamente los límites de la inserción laboral que convierten a la extranjería en un factor de vulnerabilidad social (Herrera, 2020). Antes de la crisis sanitaria ya era marcada la precariedad laboral de los trabajadores venezolanos desproporcionadamente insertos en el trabajo informal, pese a la cualificación profesional igual o mayor a la de la población de acogida. En este escenario las medidas de confinamiento impactaron directamente al comercio informal en el espacio público, dejando a los trabajadores de este sector sin ingresos de manera súbita (Freitez et. al., 2020; Mazza, 2020).

Este colapso de los modos de subsistencia ha traído efectos adversos en cadena, por ejemplo, la falta de ingresos se traduce en la imposibilidad de cubrir los gastos de arriendo, esto a su vez ha desembocado en distintas formas de desahucio, muchas veces en contraposición a las normas legales. Esto a su vez ha forzado en algunos casos el aumento del hacinamiento, en otros la búsqueda de albergues temporales, y en los más críticos, la decisión de emprender el proyecto de regreso a Venezuela en una situación de cierre generalizado de fronteras sin precedentes en la región (Osorio y Phélan, 2020). Esta lógica de efectos encadenados que se desprenden de la suspensión de ingresos y la falta de ahorros y redes de apoyo se repite en múltiples temas como el acceso a educación, salud, alimentación, por lo que se ha incrementado la demanda de asistencia humanitaria (Freitez et al., 2020).

Esta situación regional se expresa fielmente en el caso ecuatoriano, y particularmente en la ciudad de Quito. Acerca de la pérdida de empleo, la mayor precarización del trabajo, y la pérdida de ingresos se han logrado ciertas aproximaciones que señalan que en Ecuador, en los hogares de refugiados y migrantes venezolanos, más del 60% expresa no poder trabajar debido al confinamiento y solamente el 30% de hogares aproximadamente tuvo acceso suficiente a comida (Oficina de la OIT para los Países Andinos, 2021, p. 52). Por

otro lado, el cierre de fronteras, dejó en medio camino a familias que intentaban regresar a Venezuela, desde países como Perú y Chile, pero también terminaron en Quito familias que procedían de otras ciudades del país como Guayaquil, Cuenca, Manta, entre otras (Ramírez, 2021).

Esta descripción de la situación marcada por la pandemia muestra en primera estancia la producción de conocimiento sobre la alta vulnerabilidad de la población venezolana en situación de movilidad humana. Pero es necesario ubicarla en una mirada no tan coyuntural, pues gran parte de los trabajos mencionados señalan que la situación de pandemia ha profundizado unas tendencias preexistentes. Antes de la pandemia los principales esfuerzos analíticos tanto de los equipos de investigación locales como de los estudios regionales que toman el caso de Ecuador, se han concentrado en el estudio de la acción gubernamental poniendo en tensión la ambigüedad de la puesta en práctica de los derechos constitucionalmente establecidos (Acosta, Blouin y Feline, 2019; CARE Ecuador, 2018; Herrera y Cabezas, 2019; OIM, 2019; Ramírez, Linares y Useche, 2019). Así en el momento previo a la pandemia la idea de “disuasión” que proponen Herrera y Cabezas (2019) resulta un gran aporte interpretativo para entender la lógica de acción pública del gobierno ecuatoriano que, a pesar de contar con un marco normativo a nivel constitucional garantista de derechos, el poder Ejecutivo ha impulsado acciones de corte restrictivo al solicitar documentos como visa, pasado judicial, o un trato discrecional en el otorgamiento de estatus de refugio. El contrapeso a esta política la han protagonizado las instituciones estatales garantes de derechos humanos como la Defensoría del Pueblo que ha ejercido presión para disputar la ilegalidad de tales acciones por contravenir lo prescrito por la Constitución.

Por otra parte, el otro gran frente de análisis es el escenario social marcado por una opinión pública cada vez menos favorable al tema de la migración venezolana y en muchas ocasiones marcada por narrativas de corte xenofóbicas. Los estudios muestran la forma en que se tejen asociaciones poco fundamentadas entre la población venezolana y el crecimiento del desempleo, la reducción de salarios, la criminalidad, la saturación de los servicios de educación y salud, en incluso la propagación de la COVID-19. Aunque las narrativas xenofobas no son nuevas, sino que se han desarrollado hacia los distintos grupos de poblaciones extranjeras en las dos últimas décadas, el creciente flujo de población venezolana a partir de 2015 coincide con un proceso de contracción de la economía ecuatoriana (Herrera y Cabezas, 2019), y por consiguiente un empobrecimiento generalizado que desembocó en el estallido social de octubre de 2019 que buscó frenar la implementación de políticas de ajuste planteadas por el gobierno de turno.

Así la intensificación del flujo migratorio venezolano se empalma con el crecimiento del subempleo y el desempleo, y aunque está muy lejos de ser su causa, su paralelismo ha sido el mayor fundamento para las asociaciones ligeras que vinculan la llegada de inmigrantes con el deterioro de las condiciones de vida locales. Según los datos más actuales en el 2016 el subempleo estaba ya en el

19,9% de la población económicamente activa, y en el año de mayores estragos de la pandemia alcanzó el 34,5% (Oficina de la OIT para los Países Andinos, 2021, p. 51).

Este contexto es fundamental para entender la formación de una representación negativa de la migración venezolana relacionándola con el deterioro de las condiciones vida, y cumpliendo la función de “chivo expiatorio” que se activa para encubrir causas estructurales que anteceden a su llegada. Los datos presentados por Herrera y Cabezas son elocuentes y destacan lo elevado de estas percepciones en Quito, considerada la ciudad más xenófoba del país: “81.2% de ecuatorianos piensa que la presencia de venezolanos reduce las oportunidades laborales (...) y en Quito, el 79% piensa que la migración venezolana produce inseguridad en la vida diaria” (2019, pp. 148-149).

No obstante, el campo perceptivo es bastante complejo y no tan unívoco. El trabajo de Rivero sobre las percepciones hacia la migración venezolana en Colombia, Ecuador y Perú, muestra un escenario de significaciones caracterizado por la ambivalencia antes que por los criterios xenófobos de manera exclusiva. En el caso del Ecuador, ante la pregunta “la palabra inmigrante me genera”, las respuestas que expresan empatía como “admiración” (57%) y “pena” (38%) tienen porcentajes bastante más altos que las que expresan aversión como “control” (11%) y “rechazo” (4%) (Rivero, 2019, p. 15).

La complejidad del campo perceptivo se expresa también en que, si bien más del 80% de personas encuestadas afirma entender las causas de la migración, más del 70% señalan la necesidad de incrementar los controles fronterizos. En definitiva, las percepciones de la migración venezolana en los países andinos:

“oscilan entre la comprensión, la solidaridad y la preocupación ante el racismo y la xenofobia; y la asociación de los inmigrantes con la inseguridad, el colapso de los servicios sociales y el deseo extendido de que las personas inmigrantes dejen el país cuanto antes. Las percepciones positivas y negativas sobre los efectos de la inmigración conviven de manera natural en los imaginarios de los tres países” (Rivero, 2019, p. 8).

Este argumento sobre percepciones cambiantes, ambivalentes e incluso contradictorias en los mismos informantes nos parece sustancial para entender el contexto en que se enmarcan las experiencias de interacción social de los migrantes venezolanos que presentamos en este artículo.

MOVILIDAD HUMANA, VIDA COTIDIANA Y ESPACIO BARRIAL

En este apartado desarrollamos los ejes conceptuales principales de este trabajo. Las nociones de movilidad humana y vida cotidiana, son amplias y permiten captar una serie de fenómenos que escapan a este estudio, por eso las abordamos en su proyección para captar las interacciones que se producen en un espacio de sociabilidad delimitado como es un barrio. La articulación conceptual que proponemos ubica al espacio barrial como vértice en el cual confluyen las otras dos nociones, por esta razón las explicitamos desde sus contextos más amplios para focalizarse luego en su pertinencia para iluminar las interacciones que constituyen la dinámica barrial.

La institución de la noción de movilidad humana en el lenguaje académico, en lugar del tradicional concepto de migración usado en el siglo XX, da cuenta de un avance conceptual importante en la comprensión de los flujos poblacionales. Como señala Eguiguren este giro terminológico ha sido uno de los ejes de la producción de conocimiento en el caso ecuatoriano en las dos últimas décadas, y en sus palabras:

“el concepto de movilidad, entonces, contrasta con el de migración en la medida en que supone ampliar la perspectiva analítica para incluir movimientos variados en cuanto a su temporalidad, escala espacial, frecuencia, así como poner atención a aquello que se mueve junto con las personas” (Eguiguren, 2017, p.71).

Siguiendo también a Herrera y Nyberg Sørensen (2017) los aportes de esta noción se pueden entender en dos frentes fundamentales. El primero es recuperar las motivaciones e impulsos de las personas que migran como elementos determinantes de los movimientos poblacionales y que quedaban en un papel secundario frente a la explicación basada en los factores estructurales, como los grandes desajustes económicos o los regímenes políticos totalitarios. El segundo es la perspectiva transnacional que entiende a la globalización como un proceso de intensificación de flujos diversos de personas, capitales, objetos, información, etc. En este dinamismo los flujos poblacionales se intensifican y antes que un trasplante de unas poblaciones en un lugar diferente a su lugar de origen, se entienden como parte de los hilos que tejen una red que atraviesa diversas localidades. En definitiva, la noción de movilidad permite captar el dinamismo de los flujos poblacionales, la agencia de los sujetos involucrados, y el bagaje material y simbólico que portan.

En el barrido histórico de la trayectoria de los estudios sobre migraciones internacionales que proponen estas autoras, se recuperan los aportes de la antropología urbana en la formación de una visión amplia de las dinámicas

migratorias. Aunque sin utilizar aún la noción de movilidad, desde la perspectiva etnográfica se han documentado temas como la agencia de quienes emigran, sus expectativas, relatos, sensibilidades, y sobre todo las formas de territorialidad que generan en las ciudades de acogida. Así, desde la preocupación por entender la vida urbana, el espacio local surge como un lugar sugerente para el estudio de la interacción de la población migrante con la sociedad más amplia. Lo importante de este aporte es el acervo investigativo que deja sobre la relación entre los procesos de movilidad humana y las formas que toma la urbanización. Siendo un tema bastante clásico, en la actualidad sigue generando diferentes categorías para designar la importancia de la espacialidad en los procesos de inserción como ‘lugares migratorios’ (Izquierdo Escribano y Noya, 1999) o ‘barrios multiculturales’ (Bonhomme, 2021).

La segunda categoría central en este ensayo es la de la vida cotidiana. La preocupación de ciencias como la sociología por descifrar en las acciones más rutinarias de la vida humana las complejas estructuras que arman lo social, tiene antecedentes en el pensamiento de Lefebvre desde mediados de los años 40’s, y un momento muy fecundo, una “edad de oro” si cabe el término, en los años 70’s con autores como Goffman y Heller. En el caso de la antropología, esta orientación ha sido y es prácticamente un eje transversal de indagación desde la lógica del trabajo etnográfico que apuesta por acercarse a las situaciones ordinarias de los sujetos de estudio, precisamente porque en ellas se expresa el orden social que las hace posibles y en el cual adquieren sentido. Así, Lindón nos recuerda resumidamente el potencial de esta ventana de análisis social: “lo cotidiano no se reduce a la suma o el agregado de acciones aisladas, como el comer, el beber, el vestirse... Es necesario ver el contexto de estas acciones, las relaciones sociales en las cuales toman lugar” (Lindón, 2004, p. 44).

Uno de los debates más importantes en la conceptualización de esta categoría es la tensión entre reproducción e invención. En la tradición marxista por ejemplo la relación entre vida cotidiana y alienación ha llevado a mirar las rutinas del día a día como repeticiones de lo instituido, y por ende un espacio con poca capacidad de generar transformación social. Una postura diferente aparece en el pensamiento postestructuralista. Para Michel de Certeau el conocimiento sobre la vida cotidiana tiende a desplegarse desde una razón obsesionada con la imposición del arbitrio social, y en tal virtud pierde de vista la agencia que conllevan las prácticas rutinarias. En sus palabras:

“habitar, circular, hablar, leer, caminar o cocinar, todas estas actividades parecen corresponder a las características de astucias y sorpresas tácticas: buenas pasadas del “débil” en el orden construido por el “fuerte”, arte de hacer jugadas en el campo del otro, astucia de cazadores, capacidades maniobreras y polimorfismo, hallazgos jubilosos, poéticos y guerreros” (de Certeau, 1996, p. 46).

En el pensamiento de este autor destaca la importancia que brinda a una serie de acciones cotidianas que producen la espacialidad como habitar, circular y caminar. De Certeau y su equipo han hecho aportes sustanciales en el campo de la antropología urbana pensando el barrio como un laboratorio de “invención de lo cotidiano”. El barrio presenta una particular intersección entre lo público y lo privado, pues funciona como extensión del habitáculo, y es vivido como una porción de ciudad que resulta propia. Pero al mismo tiempo genera compromisos morales propios de los vínculos cercanos, pues los sujetos que interactúan en él son menos anónimos que en la experiencia metropolitana. Al mismo tiempo se generan ciertas obligaciones de interacción instauradas por la proximidad, como el saludo, seguir la conversación, o más a profundidad la reciprocidad de favores. Mayol sostiene que:

“El barrio aparece, así como el lugar donde manifestar un “compromiso” social, o dicho de otra forma: un arte de coexistir con los interlocutores (vecinos, comerciantes) a los que nos liga el hecho concreto, pero esencial, de la proximidad y la repetición” (Mayol, 1999, p. 6).

De la articulación de las nociones de movilidad humana y vida cotidiana proyectadas sobre el espacio barrial emergen preguntas que resultaron guías en el trabajo de campo. ¿cómo participan los nuevos residentes venezolanos de los espacios cotidianos? ¿Qué sentido le dan las dos poblaciones a la co-residencia? ¿La xenofobia que caracteriza a la capital se expresa de igual manera en los espacios de cercanía que en los espacios de anonimato? Escogimos el barrio de Solanda en Quito como caso de estudio para abordar estas preguntas generales considerando dos criterios: 1) Un barrio destacado por la alta presencia de población venezolana, 2) Conocimiento previo en tanto desde el 2016 participamos en varios proyectos académicos y artísticos enfocados en levantar la historia de su formación. Desarrollamos el trabajo de campo entre febrero y julio de 2019. Ubicamos informantes a través de la técnica de muestreo tipo “bola de nieve” en el que el acceso a un primer informante remite a otros posibles (Taylor y Bogdan, 1994, p. 109). Logramos producir 16 situaciones de entrevistas a 10 hombres adultos entre 23 y 60 años, dos adolescentes de 12 y 13 años, y 4 mujeres entre 25 y 60 años. Sin embargo, cuando habíamos sistematizado la información y teníamos algunos hallazgos valiosos empezó la crisis sanitaria lo que generó cambios profundos en la situación de los migrantes en la ciudad, por lo que actualizamos la información con nuevas observaciones entre julio y diciembre de 2020. Para precautelar la identidad de las personas que accedieron a las entrevistas utilizaremos las iniciales de sus nombres para identificarlas.

SOLANDA: ENSAMBLAJES DE MOVILIDAD HUMANA EN EL TIEMPO

El proceso de formación y consolidación de Solanda encaja bastante bien en la descripción de Duhau de los asentamientos informales latinoamericanos:

“Las viviendas son construidas y mejoradas poco a poco, con base en ahorros y préstamos informales y en función de los cambios en el tamaño y la composición del hogar, o de la incorporación de un nuevo hogar conformado por parientes. Muchas veces, las viviendas incorporan un comercio o taller en la planta baja o los propietarios construyen, en el primer o segundo nivel, uno o más departamentos pequeños o cuartos para arrendamiento. De hecho, la combinación del uso habitacional con usos comerciales o talleres, o la producción de una o más viviendas adicionales para arrendamiento son, probablemente, los principales factores que explican el mejoramiento a lo largo del tiempo de la condición socioeconómica media de los habitantes de la ciudad informal” (Duhau, 2013, p. 68).

No obstante, el énfasis que queremos destacar en el detalle de este proceso es el rol de la movilidad humana. El barrio Solanda se piensa a inicios de los 70's como un plan de vivienda social destinado a familias de bajos recursos económicos. Dentro de una política de vivienda que buscaba frenar en algo el acceso irregular a suelo urbano, se construyó el Plan de Vivienda Solanda con el aporte de fundaciones, instituciones públicas a nivel nacional y local, y la cooperación internacional. La estructura del barrio contempla una organización en cuatro grandes sectores, que a su vez se dividen en supermanzanas, que a su vez se subdividen en manzanas nucleadas en torno a un parque recreacional. En general en un área de 150 hectáreas, se planificaron 5.600 viviendas, pero al final se entregaron únicamente 4212 a partir del año 1986 (Kueva, 2019; Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 2018).

Como muestra Ramón (2017) desde sus inicios el proyecto experimentó marcados desajustes entre la racionalidad planificadora y las condiciones socioeconómicas de la población. La capacidad de pago de las familias inscritas en el programa se mostraba insuficiente para cubrir los costos de la vivienda completa, por lo que se aplicó el concepto de “vivienda progresiva” que contemplaba la terminación paulatina del núcleo básico de la vivienda y luego su eventual crecimiento en función tanto de los ingresos futuros como de las propias necesidades familiares. La premisa del proyecto era que esta ampliación se ajustara a los diseños y prototipos de casas elaborados por los técnicos, lo que finalmente no ocurrió. Sobre todo, porque para muchas familias era imposible cubrir simultáneamente el pago de arriendo y las cuotas de las viviendas adjudicadas por lo que ocuparon inmediatamente las viviendas inconclusas y sin la infraestructura básica como energía eléctrica, teléfono, asfaltado de calles, transporte y menos aún servicios

como guarderías, escuelas y centros médicos.

Frente a las múltiples carencias los vecinos se organizaron y constituyeron un comité barrial encargado de la interlocución con las autoridades municipales para la ejecución de obras. Si bien las necesidades comunes constituyeron el motivo esencial de cooperación, la formación de vínculos y la confianza mutua necesaria para producir el hábitat establecieron un verdadero tejido socio-espacial que vale destacar. Sobre todo, si se considera que los primeros pobladores eran extraños entre sí pues en su gran mayoría migraron a la capital ecuatoriana en las décadas de los 70's y 80's desde otras provincias, sobre todo de la sierra, y ya en ella, apostaron por integrarse al plan de vivienda. Así a pesar de ser familias desconocidas unas a otras fueron capaces de crear repertorios de organización y vida barrial en los cuales las relaciones cercanas de vecindad instituyen tácitamente un sistema de obligaciones como la minga (trabajo colectivo) y la reciprocidad. Esta capacidad de personas de distintas procedencias para encontrar una forma material y simbólica de co-residencia, se sintetiza en el sentido que adquiere la categoría de 'vecino'. Como sostienen Vizúete (2015) la institución de este término no solo designa la localización contigua sino una serie de compromisos morales de la vida barrial. Adicionalmente su uso generalizado en forma diminutiva 'veci' añade un componente afectivo a esta denominación.

Sin embargo, el sentido barrial inicial se ha desdibujado como resultado del alcance insospechado de su crecimiento pues actualmente no se trata solamente de un barrio consolidado, sino que se ha convertido en una sub-centralidad urbana, por la correlación entre la infraestructura de vivienda, la densidad poblacional y la disponibilidad de empleo en el mismo barrio, sobre todo en el sector comercial (Arias y Tandazo-Arias, 2018). La ciudadela que estaba pensada para una población de 25.000 habitantes, hoy en día alberga más de 80.000; de igual forma las casas con cimientos para una o dos plantas hoy soportan construcciones de cuatro y hasta cinco plantas. La Tabla 1 resume claramente el crecimiento y densificación del barrio.

Tabla 1. Densificación de Solanda

| | Censo 1990 | Censo 2001 | Censo 2010 | “Incremento intercensal 1990-2001” | “Incremento intercensal 2001 - 2010” |
|-----------|-------------------|-------------------|-------------------|---|---|
| Población | 22,361 | 33,934 | 78,279 | 51,59% | 130,68% |
| Viviendas | 4,817 | 9,254 | 24,526 | 99,11% | 165,03% |

Fuente: Elaboración propia con base en el INEC Censos de Población y Vivienda 1990, 2001, 2010.

Como se puede ver en los datos, a partir del año 2000 se produce la transformación más vertiginosa del barrio. Siendo originalmente un sector netamente residencial hoy tiene un uso mixto residencial-comercial, se trata de un equilibrio complejo en el que los dos usos se implican mutuamente. El eje comercial responde al desarrollo de una economía localizada que empezó con el pequeño comercio y que ha alcanzado una lógica de auto-abastecimiento en la cual oferta y demanda de bienes y servicios cada vez más cualificados se satisfacen en la misma localidad. Por otra parte, el desarrollo residencial está relacionado con el incremento de la disponibilidad de viviendas en arriendo. Las casas que inicialmente estaban pensadas para el crecimiento de la familia se convirtieron en un recurso capaz de generar ingresos a través del alquiler, muchos residentes lo definen como un “barrio rentero” por la importancia de esta fuente de ingresos para las familias propietarias.

Lo interesante para este artículo es que la movilidad humana transnacional es uno de los ejes principales de esta transformación y sus efectos tanto en el paisaje urbano como en las interacciones cotidianas marcan el presente de un hábitat popular globalizado. Esta transformación es resultado de dos flujos poblacionales macro que constituyen el cambio radical del Ecuador como país expulsor y receptor de población en lo que va de este siglo. El primero es la expulsión masiva de población ecuatoriana hacia países europeos como España, e Italia y a Estados Unidos producto de la crisis económica de 1999 que devino en la dolarización de la economía. El segundo es el arribo, más o menos escalonado, de diversas poblaciones de países como Colombia, Cuba, Haití, Venezuela, entre las más destacadas, que han en encontrado en Quito, y en particular en Solanda un lugar donde radicarse.

La calle José María Alemán, conocida como “La J”, es el mayor emblema de Solanda y es la principal expresión de la mutación transnacional del barrio. En una extensión de 5 cuadras se concentran al menos 260 locales comerciales en edificaciones de 3 a 4 pisos. El flujo de personas es continuo desde temprano en la mañana hasta altas horas de la noche, y abarca una gran población de otros barrios que transitan por el boulevard. Los residentes sienten orgullo de albergar esta dinámica pues representa un logro el tener “toda una ciudad” a su alcance después de empezar sin servicios y tener que trasladarse largas distancias para abastecerse. Pero además es un lugar que muestra un paisaje multi-nacional de símbolos como banderas, dialectos, formas de vestir, diversidad en la oferta gastronómica, y el surgimiento de nuevos negocios como barberías y peluquerías, etc, impulsados por la población extranjera.

Foto 1. Músico venezolano en el Boulevard de la calle “J”.



Foto: Pamela Ramón

La multiplicidad de flujos que conlleva la movilidad humana cumplió un papel fundamental en esta transformación del hábitat. La emigración ecuatoriana en busca de ingresos produjo una inyección de recursos económicos en el barrio producto de las remesas que alimentaron la capacidad de consumo, las posibilidades de endeudamiento e incluso la inversión en el patrimonio familiar. Así, la densificación física del barrio, a través de la implementación de locales comerciales para nuevos emprendimientos y la ampliación y remodelación de las viviendas, fue impulsada directa e indirectamente por el flujo monetario que generó el éxodo ecuatoriano a finales de los años 90's. Muchas familias en el Sur de Quito, y de Solanda experimentaron la partida de familiares cercanos y su dinámica se transformó en lo que Pedone (2006) define como “cadenas familiares transnacionales”. Esta rearticulación familiar no es sencilla y los testimonios disponibles enfatizan el esfuerzo tanto económico como emocional en la edificación de la casa significada como gran proyecto familiar (López y Villamar, 2004). Con el tiempo fue declinando su valor simbólico y afectivo de unión familiar, y poco a poco los nuevos pisos fueron destinados al arriendo como forma de darle rentabilidad a lo invertido. Así empezó a configurarse el perfil de un barrio rentero.

Como contracara a este proceso está el hecho de que esta oferta de vivienda, en un barrio consolidado, encontró demanda en las poblaciones extranjeras que empezaron a llegar al Ecuador desde inicios de este siglo, empezando por la población colombiana que a raíz del Plan Colombia empezó un desplazamiento forzado y actualmente la migración venezolana masiva desde el 2015. Dadas las

condiciones precarias de las migraciones sudamericanas de los últimos años, este tipo de barrios ofrecen una gran cantidad de beneficios de localización: disponibilidad de vivienda en arriendo a costos medios y bajos, servicios de educación y salud, disponibilidad de espacios públicos, transporte en caso de movilizarse a otros sectores de la ciudad, pero sobre todo la posibilidad de emplearse en los circuitos comerciales ya constituidos o desarrollar emprendimientos propios. Solanda constituye un ejemplo paradigmático de esta adaptación en la que la nueva población extranjera se inserta a partir de aprovechar las ventajas de localización generadas previamente, aportando tanto a la oferta como a la demanda que constituyen el tejido de autosuficiencia del barrio.

ENTRE 'VENECOS' Y 'VECINOS'. LA NEGOCIACIÓN DE LA PRESENCIA EN VENE(SOLANDA)

La presencia de población venezolana en Solanda se ha vuelto tan notoria que algunos residentes con humor inventaron el nombre de “VeneSolanda” para significar el nuevo rostro del barrio. Esta denominación ha impactado en la esfera pública y se han producido varios reportajes periodísticos tanto nacionales como internacionales para contar la historia de la diáspora venezolana desde este enclave que se ha vuelto mediático, calificado como “la Caracas chiquita en Quito” (NewsRDCplus - Visual Productora Ecuador, 2019; Univision, 2019). En estas narrativas periodísticas las peripecias del viaje internacional y los momentos más dramáticos como las noches durmiendo a la intemperie constituyen los ejes del relato, en el cual la llegada al barrio se presenta como un punto de inflexión en que termina el periplo y comienza la oportunidad de una nueva vida.

Sin embargo, este proceso de inserción no ha estado carente de tensiones, sino que es resultado de una serie de formas de negociación de la presencia en los múltiples espacios y ambientes del barrio. A continuación, presentamos algunas ventanas que muestran estas negociaciones en dos secciones. La primera toma al espacio barrial como escenario que funciona como un promotor activo de interacciones cotidianas en el que la proximidad posibilita el trabajo de ambas poblaciones en volverse inteligibles unas a otras. La segunda observa las disputas en el acceso a los espacios de actividad comercial, vivienda y recreación, en los que se muestra, en forma práctica, la ambivalencia de actitudes ante la presencia extranjera.

Estas dos dimensiones de la espacialidad, como soporte para la interacción social y como objeto en disputa, aparecieron en el acercamiento etnográfico, pues encontramos una gran apertura a hablar de las diferencias culturales en el

espacio próximo, en cierto sentido una avidez por contar lo simple: el lenguaje, el clima, la comida, el carácter de las personas, etc. Aunque estos temas pueden ser vistos como intrascendentes frente a temas más decisivos en la vida de las personas en situación de movilidad humana como la condición migratoria, el acceso a servicios estatales, etc, nos sorprendió escuchar la cantidad de detalles y sobre todo el humor que impregna los relatos sobre la vida en el barrio. Este ejercicio de poner en primer lugar lo banal permitió en segunda instancia abordar los temas de tensión como las experiencias de discriminación y xenofobia en el acceso a ciertos espacios.

Escenarios de la vida barrial

El primer elemento para describir la experiencia de la población venezolana en Solanda es a través de los matices del término ‘veneco’ que se usan para identificarla. Este término no es particular de Ecuador, al contrario, su despliegue es bastante generalizado en la región y su sentido despectivo condensa la actitud hostil frente a la población venezolana pauperizada (Bolaños, 2020). En los testimonios recabados en efecto aparece este término, pero es interesante que su uso despectivo es ubicado como frecuente en situaciones fuera del barrio. Al interior si bien es clara su incorporación como recurso para nombrar y remarcar la extranjería, en la proximidad del trato con población ecuatoriana no siempre adquiere un sentido ofensivo. Se puede identificar en la experiencia sobre este término el efecto simbólico del barrio que delimita un ‘dentro’ como ámbito conocido y de alguna forma seguro y un ‘afuera’ más desconocido y con mayor vulnerabilidad.

En general identificamos una narrativa que tiende a hablar bien de la adaptación al barrio, los relatos muestran conformidad, valoración positiva y un sentirse a gusto con la dinámica barrial. Un tema recurrente en esta valoración positiva es la practicidad de “tener todo cerca”, que hace referencia justamente a la característica de sub-centralidad que mencionamos anteriormente. Así los testimonios reconocen los beneficios del capital locacional que se ha formado con el tiempo, aunque desconocen o conocen solo parcialmente el denso proceso de su formación. No encontramos testimonios de inconformidad, malestar o la necesidad imperiosa de buscar otro lugar de residencia.

Otro significativo destacado es el calificativo de Solanda como un barrio ‘tranquilo’. Como lo muestran los siguientes testimonios, esta definición se produce en comparación al lugar de procedencia:

“dicen que Solanda es una zona peligrosa, pero ¡yo vengo de Venezuela!, o sea, esto para mí es un paraíso de verdad, esto es una tranquilidad total” (G. E. hombre 30 años).

“No me da pena decirlo hay mucha inseguridad en Venezuela, y la gente, el escándalo, los bochinches, las fiestas, y que allá

se oye “tatata” [onomatopeya de disparos] los tiros, aquí no, una tranquilidad enorme, enorme, en ese aspecto lo cambiaría a este para allá” (M. M. mujer 60 años).

Esta cualidad asignada es interesante porque es lo opuesto a cómo se percibe Solanda en el imaginario de Quito: un lugar inseguro, caótico, bullicioso por la intensa actividad comercial. Si bien los testimonios reconocen actividades inseguras como venta y consumo de drogas, sobre todo en la vida nocturna, éstas no desvirtúan la idea de un barrio tranquilo.

Esta primera capa de sentido positivo sobre el lugar de acogida permitió abrir la conversación sobre los temas cotidianos de la interacción con la población ecuatoriana. La experiencia barrial es rica en anécdotas sobre estas adaptaciones culturales y las risas marcan las conversaciones sobre ellas. El caso del lenguaje es el más significativo pues el uso de palabras como ‘arrecho’ o ‘verga’ (y la variante ‘vergación’) que son comunes en Venezuela, en Ecuador son términos que tienen connotaciones sexuales o resultan ofensivos:

“al principio ellos [los ecuatorianos] chocaban más conmigo, porque nuestro lenguaje tiene muchas palabras que aquí son ofensivas, entonces ellos colocaban mala cara, “arrecho”, decían “chuta³ Veci así no se dice”. Ahora ya sé cómo dirigirme a ellos sin ofenderlos” (B. G. mujer 21 años).

Lo valioso de estos episodios es que no solo muestran los desencuentros comunicativos sino también un proceso de re-socialización cotidiano en donde la población local “corrige” el vocabulario que considera inapropiado. Así, existe una demanda tácita por parte de la población ecuatoriana de que el hablar del extranjero se inscriba en un orden moral del decir aceptable, como parte de los compromisos que se esperan de la convivencia vecinal. La primera impresión de una población “grosera” en el trato y “mal hablada”⁴ cambia por la predisposición a asumir estas correcciones. No encontramos un sentido de malestar abierto frente a esta exigencia de cambiar el lenguaje, se lo representan como parte del proceso de adaptación a un nuevo lugar.

Este sentido de adaptación aparece también con relación al cambio de clima, pues muchos de los informantes provienen del caribe venezolano y éste no ha sido un tema menor al momento de elaborar su relato de las diferencias entre los dos lugares:

“bastante difícil primero por el clima, Valencia era un clima tropical, llegas acá y el frío es el que no te deja hacer, tienes que andar con 2 pantalones, con 2 chaquetas, con guante, con gorra, con todo lo que puedas ponerte para que taparte del

3 Palabra considerada un ecuatorianismo con múltiples significados, en general se refiere a una situación molesta.

4 Término local para referir al uso frecuente de “malas palabras”.

frío entonces un choque bastante extremo, pero sí el cuerpo se adapta, a mí me gusta un poco más el frío que el calor” (M. T. mujer 30 años).

Si bien el clima es nombrado como un problema de los primeros meses en Quito en el fondo implica también una re-socialización del cuerpo, a través de la cantidad y el tipo de ropa que se usa. Como contraparte los relatos afirman que una de las preguntas y comentarios frecuentes que recibe la población venezolana es respecto a las playas y el calor. Junto con la pregunta acerca de las playas va también una pregunta respecto a “las mujeres”, bajo la representación sexista de la belleza de las mujeres venezolanas. Esto confirma de alguna forma el contexto altamente machista de recepción de la población venezolana que ha sido documentado por las investigaciones centradas en las problemáticas de género (Bolaños, 2020; CARE Ecuador, 2018).

Lo que nos parece importante resaltar respecto al clima es que activa los estereotipos de las geografías culturales, de esta forma se vuelve tema de conversación y sobre todo de comparación entre localidades. El regionalismo histórico del Ecuador que opone dicotómicamente costa y sierra, se plasma en un esquema perceptivo en el que la población venezolana es asociada con “lo costeño” así no vengan necesariamente de tierras bajas y desde estas coordenadas se identifican elementos de la apariencia personal como la ropa que usan, los cortes de cabello, o temas como el acento o las prácticas lúdicas durante las noches.

Finalmente, respecto a la comida, si bien el cambio gastronómico no resulta crítico, las entrevistas muestran que hasta el momento hay un afianzamiento en los sabores propios, antes que un interés por explorar la variedad de sabores de la comida popular ecuatoriana. La mayoría de relatos afirman no haber probado aún los platos típicos considerados emblemas de la gastronomía ecuatoriana, o en el caso de haberlos probados no son descritos como extraordinarios. Por otro lado, aunque en el barrio la oferta gastronómica es abundante tanto a nivel formal como informal, son pocos los esfuerzos por capitalizar la gastronomía venezolana como es el caso de la venta de arepas. En su gran mayoría quienes se dedican a la venta de comida prefieren garantizar los ingresos a través de los productos que prefiere la población local: desde donuts, chaulafán, hasta shawarma.

Sin embargo, en las interacciones en la compra de víveres se cuelan algunos intercambios de información sobre las dos gastronomías, como lo cuenta K. R. mujer de 33 años, que acepta responder con detalles a la curiosidad de la vendedora de la tienda que le suele preguntar “¿cómo prepara ese fideo que compra tanto?”. Ponderamos estos flujos de información que parecen irrelevantes porque más allá de los contenidos transmitidos muestran un trabajo invisible de acercamiento entre ambas poblaciones.

Espacios de trabajo, vivienda y esparcimiento

En esta sección presentamos el espacio barrial ya no solo como contenedor y promotor de lo que sucede *en* el espacio, sino que pasamos a observar las tensiones en el acceso a los distintos espacios que constituyen la vida barrial, las disputas *por* los espacios. El ámbito de mayor disputa lo constituye el del trabajo pues conseguir un lugar para ganarse la vida implica un forcejeo constante. El obtener un lugar para arriendo de vivienda tiene experiencias diversas, para unas familias ha sido más difícil que para otras, y finalmente el espacio de esparcimiento que ha resultado el más accesible. Presentamos el material etnográfico siguiendo esta lógica de mayores a menores tensiones, pero además la selección busca ilustrar la dinámica en que de las situaciones de discriminación son atenuadas por acciones de la misma población ecuatoriana. Un primer episodio que conlleva esta lógica es el siguiente:

[Conflicto por uso de espacio comercial] “Nosotros fuimos víctimas de acusaciones de otros ecuatorianos que tienen negocios que decían que les quitamos las ventas, ellos tienen una tienda de víveres y nosotros que vendíamos comida, supuestamente, según ellos les quitábamos los clientes, y así hay gente que vendía pinchos [brocheta], que vendía hamburguesa, y a nosotros nos llamaban a la policía, nos hicieron que nos multaran, nos llamaron migración, aquí en Solanda a escasa una cuadra, y eso fue duro porque hasta una multa nos metieron de 220 dólares que pagamos. No nos quitaron el coche en ese momento porque los vecinos donde teníamos permiso de estar parado nos apoyaron e hicieron valer su tercera edad, como ecuatorianos dijeron que nosotros estábamos trabajando con ellos, que nosotros los ayudábamos a ellos, y de verdad que nos extendieron la mano por lo mismo de que sus hijos habían sido migrantes 5 o 6 años en España y apenas estaban retornando, y que ellos nos veían a nosotros como que podíamos ser sus hijos, como que a sus hijos les podía estar pasando lo mismo en España, y de eso que nos acogieron de tal manera que todavía hasta el sol de hoy, ya es un año, seguimos trabajando en la misma casa frente de ellos” (I. T. hombre 43 años).

Este relato muestra inicialmente el frágil equilibrio de la oferta-demanda comercial que se reestructura permanentemente por la presencia de nuevos participantes. En esta tensión la condición de extranjería se vuelve en efecto un motivo de vulnerabilidad, pues es usada como pretexto para denunciar la actividad comercial, y de hecho resulta efectivo pues desemboca en una multa por venta no autorizada en el espacio público, pese a que la misma actividad la realizan otros comerciantes ecuatorianos. Sin embargo, el rol de protección que desempeña la familia anfitriona es amplio, interceden para evitar el decomiso del carro de ventas y abogan por una supuesta alianza de “trabajar juntos” para legitimar el puesto de venta, aunque en realidad se trataba de una autorización

para vender frente a la propiedad. Incluso es la pareja la que paga la multa a modo de préstamo, lo que luego es devuelto por el informante según aparece en la continuidad de su relato. Finalmente aparece como explicación del apoyo recibido la analogía entre la situación de los migrantes venezolanos en Quito con la de los migrantes ecuatorianos en España, y esta comprensión en carne propia de las dificultades de la condición migratoria.

Esta referencia a la experiencia migratoria ecuatoriana como recurso para ofrecer ayuda a la población venezolana, surgió en relatos sobre diversos tópicos, y aunque no se la puede generalizar, nos abrió la mirada a pensar que las acciones empáticas pueden sostenerse en aprendizajes sociales más profundos que únicamente la conmiseración frente a las necesidades de los otros. Para fortalecer esta lectura presentamos otros testimonios, pero esta vez referidos a las dificultades de conseguir arriendo.

[sobre ayuda para conseguir arriendo] “me ayudó una señora muy querida, yo le aprecio mucho, y no tanto ella sino muchos vecinos que saben que es migrar (pausa, ojos con lágrimas), aquí hay personas que saben que es la migración, que tienen familia en España, en Estados Unidos y donde sea y saben qué es esto, y apoyan a uno, la señora de acá (señala la casa), tienen sus hijas y nietos en España, en Francia, y la gente nos apoya, a mi esposo, al cuñado” (K. R. mujer 33 años).

[buscar casa] “Si fue un poquito engorroso, fue exactamente en el momento que la xenofobia se puso más fuerte, (...) se nos hizo complicado, más sin embargo los mismos vecinos fueron testigos hacia la persona que me arrendó de que soy una buena persona, de que estoy trabajando, y me ayudaron bastante y la señora sí aceptó arrendarme el departamento. No digamos que xenofobia directo porque hacia mi persona no, pero sí se ha sentido los estragos en ese momento porque el señor donde yo vivía alegó de que necesitaba el apartamento, que no podía seguir ahí. Más sin embargo no hubo ningún problema, yo le dije que yo buscaría, y por aquí y por allá comenté con las personas que necesitaba mudarme, les comenté mi caso y había una vecina que estaba arrendando el departamento y yo fui y ella se acercó acá preguntó a las personas como era mi comportamiento y todos dieron buena impresión y ella decidió arrendarme” (F. L. hombre 28 años).

Al igual que en el conflicto anterior vemos que las acciones de rechazo por parte de algunos residentes ecuatorianos llegan a ser contrastadas con acciones solidarias de otros. En el primer caso aparece también la asociación a la migración ecuatoriana como motor de la ayuda, pero en el segundo episodio aparece un punto fundamental que es el atributo de moralidad como un recurso sustancial para la construcción de relaciones de apoyo en el barrio. Las buenas referencias al comportamiento constituyen un capital social valioso y obtener la imagen de ser “buena persona” o “persona honorable” se logra mediante el “darse a conocer”

a partir de acciones que demuestren cordialidad, honestidad, cumplimiento en los pagos, etc. Pero también en algunos casos se utiliza el aprecio por valores tradicionales como “no andar en vicios” o “velar por la familia”. Estos parámetros para construir y mantener una buena reputación, sirven también como recurso para romper las generalizaciones que provoca la sobre-visibilidad de los actos de delincuencia y criminalidad que se imputan a migrantes venezolanos. Los relatos exaltan la oportunidad que ofrece la vida vecinal de conocerse cara a cara y así desmentir los estereotipos negativos, aunque su punto ciego es que desestiman los mecanismos comunes que asocian las conductas proscritas a la nacionalidad.

Finalmente, en cuanto al uso de los espacios de esparcimiento es donde hemos encontrado un proceso bastante fluido de interacción en la que la nacionalidad no se vuelve una variable de relevancia para su acceso. La red de parques internos se ha mantenido con pocas alteraciones y es la única infraestructura que pervive en su concepción original. La inclusión de la recreación en la planificación, como necesidad que requiere una espacialidad propia, es sin duda una ventaja frente a los barrios populares autogestionados en los que la maximización del espacio para vivienda suele sacrificar estos espacios. Un sábado en la tarde en los múltiples parques del barrio se puede observar una combinación de actividades recreativas: las prácticas de deportes como fútbol y básquetbol, los parlantes con extensiones de luz desde las casas cercanas que emiten músicaailable a alto volumen, y el consumo compartido de cerveza. En este ambiente lúdico se genera también una dinámica de integración de múltiples nacionalidades.

Destaca en los testimonios la práctica deportiva como mecanismo que ha abierto un espacio muy importante para la visibilización de la población venezolana en el barrio:

“Me he abierto camino a través del basquetbol, me ayudó en esta nueva incursión en mi vida aquí en Solanda, porque con el basquetbol me hice conocer con la parte de los ecuatorianos, y con la parte de los venezolanos, (...), en el roce, en el juego, en el cotidiano del juego, haces amistades, que es lo que el basquetbol me ha traído con ellos” (E. A. hombre 60 años).

Estos espacios de esparcimiento no son exclusivos de los varones, aunque ellos son quienes más hablan al respecto, también se ven equipos femeninos disputando torneos de fútbol y basquetbol. Encontramos una práctica deportiva con varios roles especializados como entrenadores, asistentes, etc. de los cuales la población venezolana es protagonista principal, como varios equipos de fútbol femenino con jugadoras mayoritariamente ecuatorianas que son dirigidas por entrenadores venezolanos.

No obstante, los fines de semana cuando crece la demanda por el uso de los parques, la jerarquía adulto-céntrica hace que los niños, niñas y jóvenes sean quienes tienen que esperar más tiempo para su uso o replegarse en búsqueda de espacios donde jugar. Un relato muy interesante nos ofrecieron dos adolescentes venezolanos que experimentaron un roce con una residente ecuatoriana:

“Es que cuando se llena la cancha nos ponemos a jugar volley, porque que más vamos a hacer, y la señora sale a reclamarnos, entonces nosotros le decimos algo, y que “ustedes no tienen que opinar, ustedes son venezolanos” y unos amiguitos de nosotros le dijeron que sí podíamos opinar porque nosotros vivimos aquí, y pasó que ella tampoco es de aquí de Quito sino de Guayaquil” (J. T hombre 12 años).

Nuevamente aparece esta situación en que ante la tensión que genera el cuestionamiento de la presencia usando como motivo la nacionalidad, los vínculos que se han logrado construir en el barrio funcionan como red de apoyo en los conflictos.

Hemos expuesto una diversidad de situaciones en las que se expresa este repertorio para remarcar que no son eventos aislados, y que la escala barrial es un espacio apropiado para explorar este tipo de interacción. Sin embargo, hace falta explorar las motivaciones que impulsan estas acciones solidarias. En las conversaciones con residentes ecuatorianos, antes que una analogía directa con las experiencias propias de migración, aunque no se la niega, la solidaridad se explica desde una predisposición “natural” a brindar ayuda a las personas que son calificadas como virtuosas a través de definiciones como “decentes”, “que no hacen daño”, que “son respetuosas”, etc. Así es claro que existen condiciones para ofrecer ayuda, su despliegue no es universal, sino un recurso selectivo que se administra en relación a cumplir los compromisos que se asumen implícitos en las relaciones vecinales.

En este escenario nos preguntamos ¿cómo la población venezolana conoce acerca de las experiencias de migración de la población ecuatoriana? Y ¿cómo la población ecuatoriana conoce las cualidades morales de la población venezolana para poner en práctica la solidaridad? A partir del material empírico disponible podemos pensar que este proceso de reconocimiento mutuo se desarrolla en la sociabilidad que ofrecen los espacios de la vida barrial. Las micro-conversaciones en las interacciones cotidianas implican la predisposición y casi obligatoriedad de los residentes de hablar de temas personales, el saludo por ejemplo no es solo un ritual de cortesía, sino que habitualmente es el inicio de una conversación aunque sea breve sobre temas de familia, trabajo, salud, etc. Se trata de un trabajo diario de generación y acumulación de información sobre los otros, y que se vuelve un recurso para la negociación de la presencia en los momentos de crisis, como los conflictos por el acceso a determinados espacios.

Al inicio de este apartado mencionamos el uso del término *veneco* como gentilicio despectivo para referirse comúnmente a la población venezolana, y exploramos el matiz que puede adquirir su empleo al interior del barrio. Siguiendo este principio la participación en las rutinas barriales, acorde a las exigencias de la población ecuatoriana, posibilita ser reconocido como un residente más expresado en el término *vecino*. En el contexto quiteño este término no solo designa literalmente la inmediatez de la residencia, sino que tienen una fuerte implicación simbólica para designar el hecho de compartir un hábitat. Así se utiliza para significar la co-residencia en general que puede ser a escala barrial, se puede decir “*veci*” a alguien que vive a varias cuadras de distancia en el mismo barrio, o incluso se lo emplea en las interacciones cotidianas fuera del espacio barrial. En su uso al interior del barrio designa ante todo la participación en los compromisos que conlleva la vida en común. Por esta razón queremos resaltar que en los relatos expuestos de la población venezolana, aparece este término para referir las personas que se han portado solidarias, y esto refleja no solamente la interiorización del término sino sobre todo el aprendizaje de sus connotaciones.

CONCLUSIONES

La alta presencia de migrantes venezolanos en Quito ha renovado la discusión pública acerca de los cambios que produce la incorporación de nuevas poblaciones extranjeras en el tejido urbano, pero en el caso de la capital ecuatoriana, esta discusión tiene una marcada tendencia a significar la migración como un problema para la ciudad. En este contexto nos preguntamos por la experiencia de interacción cotidiana entre la población venezolana y ecuatoriana, pero optamos por verla a escala barrial, a partir de las relaciones cara a cara que son posibles en los espacios de proximidad. Conceptualmente nos apoyamos en la noción de movilidad humana que acentúa la multiplicidad de flujos que conllevan los procesos migratorios, y la de vida cotidiana que permite ver en las rutinas de todos los días, pequeñas tácticas que ponen en marcha el arte de habitar.

Producto del trabajo etnográfico desplegado sobre distintos espacios que componen el tejido de Solanda, se pudo generar un cúmulo de relatos sobre la experiencia vecinal que ponen en evidencia las tensiones y conflictos que experimenta la población venezolana en el acceso al espacio público como medio de sustento, a la vivienda, y a la recreación. No obstante, mostramos también los mecanismos de apoyo que los nuevos residentes extranjeros han logrado conseguir de la misma población ecuatoriana para sobrellevar estos conflictos. Los extremos de esta polaridad pueden sintetizarse en dos términos muy usados para referirse a la población venezolana dependiendo de la tensión de la interacción. Por un lado ‘*veneco*’ hace alusión al origen venezolano en

sentido despectivo, y generalmente en su performática va acompañado de expresiones y gestos que cuestionan la presencia bajo la premisa xenofóbica de “vuélvete a tu país”. Por otro lado, ‘veci’ expresa un nivel alto de integración a la vida barrial, pues es la manera local de significar la co-residencia como un compromiso por cumplir obligaciones morales compartidas.

La dialéctica permanente de rechazo-aceptación nos parece que puede captarse como negociación de la presencia, que en la vida cotidiana no se establece por los parámetros formales de derechos y deberes ciudadanos, sino que pasa por la forma en que los sujetos se vuelven inteligibles entre sí. El ejemplo prototípico de esto es el “darse a conocer” como personas honorables a los ojos de los antiguos residentes y de esta forma construir confianza que se expresa en la “recomendación” como canal de mediación social a través del cual se puede acceder a un bien o servicio específico.

En Solanda encontramos que existe una presencia activa de la memoria sobre la migración. Varios de los testimonios producidos refieren a que la solidaridad recibida se basa en la experiencia en carne propia de las dificultades que conlleva la migración por situación económicas. Aunque los residentes ecuatorianos, si bien reconocen también la migración en sus biografías familiares y en el proceso de edificación del barrio, no lo toman como el principal motivo para la solidaridad con la población venezolana. En nuestras observaciones apreciamos que subyace un sentido de condicionamiento de la ayuda a cumplir con un perfil de integración “que no cause problemas”.

Aunque de hecho existen y son preocupantes ciertas expresiones de xenofobia que se reproducen en la escala barrial, consideramos valiosos los mecanismos para sobrellevar los conflictos gracias a ciertas muestras de apoyo efectivo de los antiguos residentes. Si bien siempre es importante y necesaria la vigilancia sobre los roles del Estado y de instituciones de ayuda humanitaria en garantizar derechos, también creemos que vale pensar en cómo la sociabilidad entre pares, puede construir un soporte para responder a ciertas necesidades. Así voltear a ver las negociaciones cotidianas que se producen en los espacios de la sociabilidad barrial por ejemplo puede sugerir respuestas innovadoras a quienes se preguntan por cómo generar sociedades más resilientes a los procesos de movilidad humana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AUDEBERT, Cedric. (2012). Territoires migratoires et réseaux transnationaux em La Diaspora Haïtienne. Rennes: Presses Universitaires.

AMARAL, Rita. (1998). As mediações culturais da festa. Revista Mediações. Londrina, jan/jun. de 1998, Vol. 3. N. 1.p. 13- 22

BASCH, Linda; GLICK-SCHILLER, Nina; BLANC SZANTON-, Christine. (2005). Nations Unbound: transnational projects, postcolonial predicaments, and deterritorialized nation-states. Basel: Gordon and Breach, London, Routledge.

BRASIL. (2019). Ministério da Economia. Relação Anual de Informações Sociais. Disponível em: <http://bi.mte.gov.br/bgcaged/login.php>. Acesso em: 25. mar. 2021.

BRETTELL, Caroline B., HOLLIFIELD, James F. (2015). Introduction Migration Theory: talking across disciplines. Routledge, 2015, pp. 1-29.

CAILLOIS, Roger. (1950). L'homme et le sacré. Paris: Gallimard.

CAVALCANTI, Maria Laura Viveiros de Castro. (2013). A festa em perspectiva antropológica: carnaval e os folguedos do boi no Brasil, 19 de janeiro de 2013. http://cral.in2p3.fr/artelogie/IMG/article_PDF/article_a183.pdf. Acesso em 21 de março de 2021.

CAZAROTTO, Rosmari. T.; MEJÍA, Margarita. R. G. (2018). Repercussão socioespacial da imigração haitiana numa pequena cidade: o caso de Encantado – Rio Grande do Sul – Brasil. R. Ra'eGa, Curitiba, v. 45, p. 170-186, dez. 2018.

CODEVAT. (2018). *Plano estratégico de desenvolvimento do Vale do Taquari 2015-2030*. Lajeado: Ed. da Univates.

COLE, Jennifer, GROES, Christian. (2016). *Giving Life: Regulating Affective Circuits among Malagasy Marriage Migrants in France in Affective Circuits African Migrations to Europe and the Pursuit of Social Regeneration*. The University of Chicago Press, 2016.

CONEXÃO HAITI. (2019). Encantado. Rádio Encantado. 10 maio 2019. Rádio Disponível em: <https://www.facebook.com/392452548229003/videos/1227468237407837>. Acesso em 10 de dez. 2019.

DA MATTA, Roberto. (1978). *Carnavais. malandros e heróis - Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio de Janeiro: Zahar, 1978.

DELFIM, Rodrigo Borges. (2017). *Por que o dia 18 de maio é tão importante para os haitianos?* Migra Mundo, 18 mai. 2017. Disponível em: <https://migramundo.com/por-que-o-18-de-maio-e-tao-importante-para-os-haitianos-saiba-mais-sobre-a-festa-da-bandeira-do-haiti>. Acesso em: 13 de novembro 2019.

DURKHEIM, Émile. (1978). *As formas elementares da vida religiosa*. Tradução de Carlos Alberto Ribeiro de Moura et al. São Paulo, Abril Cultural.

ELIADE, Mircea. (1972). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza Editorial.

FERNANDES, Duval, CASTRO, Maria da Conceição. (2014). Estudos sobre a Migração Haitiana ao Brasil e Diálogo Bilateral. *Relatório do Projeto*. Belo Horizonte, Centro Zanmi. Disponível em:

FELDMAN-BIANCO, Bela. (2009). Reinventando a localidade: globalização heterogênea, escalada cidade e incorporação desigual de migrantes transnacionais. *Horizontes Antropológicos*, vol. 15, n. 31, 2009, pp. 19-50. Disponível em: <<http://www.scielo.br/pdf/ha/v15n31/a02v1531.pdf>> Acesso em 05 de abr. 2017.

FERABOLI, Gisele. (2018). Haitianos celebram Dia da Bandeira. *Jornal A Hora*, 22 maio 2018. Disponível em: <https://www.jornalahora.com.br/2018/05/22/haitianos-celebram-dia-da-bandeira>. Acesso em: 13 de nov. 2019.

GLICK-SCHILLER, Nina; ÇAGLAR, Ayse (Eds). (2011). Introduction: Migrants and cities. In: *Locating migration: rescaling cities and migrants*. New York: Cornell University Press, 2011

GROES, Christian; FERNANDEZ, Nadine. (2018). Intimate Mobilities and Mobile Intimacies. In: *Intimate Mobilities: Sexual Economies, Marriage and Migration in a Disparate World*. Editors, Christian Groes and Nadine Fernandez. Berghan Oxford, 2018, pp: 11- 44.

HANDERSON, Joseph. (2015). *Diáspora, sentidos sociais e mobilidades haitianas*. *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, ano 21, n. 43, p. 51-78, jan./jun. 2015.

IBGE, 2019. Cidades. Disponível em: <https://cidades.ibge.gov.br/brasil/rs/encantado/panorama>. Acesso em: 16 maio 2020.

IMILAN A., Walter (2015). Performing national identity through Peruvian food migration in Santiago de Chile. *Fennia* 193: 2, 227-241.

MEJÍA, Margarita Rosa Gaviria, SIMON, Renel. (2015). *Sonhos que mobilizam o imigrante haitiano: biografia de Renel Simon*. Lajeado-RS, Univates, 2015.

MINTZ, Sidney W. (2001). Comida e antropologia. Uma breve revisão. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. Vol. 16 nº 47 out. 2001, p. 31-41.

PEREZ, Léa Freitas. (2002). Antropologia das efervescências coletivas. In: *A Festa na vida: significado e imagens*. Mauro Passos (organizador). Vozes, pp: 15-58

PRADO, Emilio S. A. (2016). Para fugir da crise, haitianos trocam o Brasil pelo Chile. *Folha de São Paulo*. 8 mai. 2016. Disponível em: <https://www1.folha.uol.com.br/cotidiano/2016/05/1768958-para-fugir-da-crise-haitianos-trocam-o-brasil-pelo-chile.shtml>.

SALAZAR, Noel B; GLICK-SCHILLER, Nina. (2013). *Regimes of mobility across the globe*. Journal of Ethnic and Migration Studies. Vol. 39.

SANTOS, Caetano Maschio. (2018). *Ayisyen kite lakay (Haitianos deixam suas casas): um estudo etnomusicológico do musicar de artistas imigrantes haitianos no estado do Rio Grande do Sul*. Dissertação de Mestrado, Instituto de Artes, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2018. 169 pag.

SAYAD, Abdelmalek. (1998). *A Imigração ou os Paradoxos da Alteridade*. Prefácio Pierre Bourdieu; tradução Cristina Murachco. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo, 286p.

SEGALEN, Martine. (2002). *Ritos e rituais contemporâneos*. Rio de Janeiro: Editora FGV, 2002, 161 pp.

SHELLER, Mimi. URRY, John. (2006). *The new mobilities paradigm*. Environment and Planning A, 2006, p. 207-226.

WOORTMAN, Ellen. (2013). A comida como linguagem. *Habitus Goiânia*, vol II, N.1, p. 5-17.

ZAMBERLAM, Jurandir, CORSO, Giovane, CIMADON, João Marcos; BOCCHI, Lauro. (2014). *Os Novos Rostos de imigração no Brasil – haitianos no Rio Grande do Sul*. CIBAI Migrações. Pastoral da Mobilidade Humana, Brasil, 2014. 81p.